

Oh tú, que gozar debías
Constante y dulce ventura, —
Te abrigó la sepultura
Contra la horrenda maldad : —
Así acabaron tus días !
Y la americana tierra
Tus restos al fin encierra
Como fué tu voluntad.

El lugar de tu descanso
De pocos es conocido,
Ni el poeta allí ha vertido
Una lágrima inmortal.
Solo con ruido manso
En noches calladas, solas,
Batiendo hasta allí las olas
Cantan tu himno funeral.

Y mientras el sol fecundo
De tu gloria alumbra el templo, (1)
Serás para el orbe ejemplo
De humana vicisitud :
Que á todo genio da el mundo,
Cual galardón no precario,
La corona en un Calvario...
Y en la tumba — la quietud...

Agosto de 1839. -- Á bordo del Jean-Maurice.

(1) La América.

SERENÁTA

Mientras la noche serena
Nos envuelve en sus crespones,
Debajo de tus balcones
Sólo mi guitarra suena :

Y tú duermes, fementida,
Sin que hieran tus oídos
Las endechas y gemidos
De un alma de amor henchida.

*Despierta, bella tirana,
Y abre luego tu ventana.*

Al amor están brindando
El silencio y las estrellas,
De las hojas las querellas,
Y del viento el soplo blando :

Y este ensueño de la vida,
De dichas y goces lleno,

¿Por qué tan sólo en tu seno
No halla un instante cabida ?

*Despierta ; ay ! bella tirana,
Y asómate á la ventana.*

Despierta, que vendrán luego
Tras de tu sueño los años
Trayéndote desengaños,
Nieve á tu alma en vez de fuego ;

Y también ha de venir
El infortunio nefando
Golpes á tu puerta dando...
Y será forzoso abrir.

*Antes que vengan, tirana,
Abre al amor la ventana.*

Y tras días de aflicción
Cuando llegare la muerte
Llenada verás tu suerte
Sin la más dulce ilusión :

Ama, pues, antes que pase
Con el tiempo tu hermosura ;
Que no hay noble criatura
Si en amar no se complace.

*Despierta, hermosa tirana,
Que te aguardo en la ventana.*

Buenos Aires, 1838.

ODA Á LA LIBERTAD

Ved, ya desciende á la oprimida tierra
Los hierros á romper la libertad.

ESPRONCEDA.

I

Sagrada Libertad, que refulgente
Sobre el mundo hoy levantas ya la frente
Ciñendo en torno virginal diadema,
Do en lumbré escrito resplandece el lema
— « No más esclavitud ó no más vida ! » —
Yo te saludo con ferviente anhelo,
¡ Oh virgen descendida
Del alto solio al miserable suelo !

II

Ya de tus rayos al fulgor tan sólo
Que cunde y brilla desde polo á polo,
Despavoridos los tiranos huyen :
Ya del crimen las aras se destruyen
Al resonar tu nombre por el mundo,
Y mil pueblos, gigantes se levantan
De letargo profundo,
Que alegres te saludan y te cantan.

III

La humanidad en tenebrosos días
Ha invocado tu nombre ; y tú dormías
De horrendo oprobio bajo el triste manto, —
Cuando al hombre su sed con solo llanto
Le fué dado apagar, — cuando mordía,
Hambriento de ser libre, la cadena
Que su cuello oprimía,
Siendo aun el alma, cual su vida, ajena.

IV

Dios, dando al hombre la existencia, quiso
Hacer de ti la luz del Paraíso ;
Sol que alegrando la terrestre senda,
Los pueblos todos de su amor la prenda
Vieran en ti, creciendo tan lozana :
Mas ¡ ay ! dispuso de otra suerte el hado
Cuando la estirpe humana
Sucumbió bajo el yugo del pecado.

V

Pecó el hombre, y maldito por el cielo
Su Edén florido vió trocarse en duelo ;
Y, oh Libertad, entonces te eclipsaste,
Ó, cual Dios, al mortal abandonaste ;
Quien sumido en tinieblas, precipicios
Halló doquiera que llevó su planta,
Y de los altos juicios
La severa lección que nos espanta.

VI

Siglos sin lumbre, cual un soplo inerte,
Pasaron sobre el mundo, — y con la muerte
Se ocultaron ya mil generaciones
Que han besado los duros eslabones
De humillación servil ; y al cielo plugo
Que impotente el mortal, destino infando
Bajo de férreo yugo
Soportase á sus déspotas odiando.

VII

Y en esos siglos de sopor, marchita
Cual planta mustia, retoñar bendita,
Oh Libertad, quisiste ; mas la mano
De la ignorancia, como vil gusano,
Secó tu savia ; y á dormir volvías ;
Tu faz cubriendo funeral sudario, —
Y el hombre nuevos días
Contando de martirio en su calvario.

VIII

Así en la Grecia, en Roma... en las Castillas
Se alzó la Libertad, — hubo Padillas.
Mas, ¿ qué es de un libre el corazón ardiente
De la turba servil contra el torrente ?
Esos héroes insignes combatieron
Por Libertad ; pero morir con gloria
Tan sólo consiguieron
Legando ejemplos grandes en la historia.

IX

La antigua tierra te negó pues vida...
Que eras flor de otro mundo, — y escondida
De virgen suelo en la región lejana,
Imperabas allí cual soberana :
Y el gran Colón errante por los mares
Al ver cumplido su constante anhelo,
En los nuevos lugares
Te encontró, Libertad, numen del cielo.

X

Y al viejo mundo conduciendo ufano
El atrevido navegante hispano
Plantas preciosas, ricas pieles y oro,
Tal vez no á su pesar llevó un tesoro
Que era el supremo bien del indio errante,
Un metal máspreciado, piel más bella,
Flor más pura y fragante,
La Libertad, en fin, fulgente estrella.

XI

Á su brillo la Europa de su sueño
Despertóse al instante, y en el ceño
De los tiranos se pintó el espanto ;
Y cual los guardas que el sepulcro santo
Velaban de Jesús, despavoridos
Todos huyeron al alzarse erguida
Á pueblos oprimidos
La Libertad radiosa dando vida.

XII

De la América el hijo, asimilado,
En tanto, al ente vil, se vió privado
De su más caro bien, y perseguido
Cayó en la servidumbre y el olvido.
Así tres siglos de opresión amarga
Arrastró la cadena, pero luego
Tras de noche tan larga
Del templo sacro reanimóse el fuego.

XIII

¡ Ay ! cuando el Inca al Hacedor del mundo
Adoraba en el sol, padre fecundo
De natura, tal vez á ti en la luna,
Como á la maga que meció su cuna,
En mirarte feliz se complacía ;
Que cual la reina de la noche hermosa
Raudal de poesía
Tu luz derrama, Libertad preciosa.

XIV

Otra vez, y mil más, se alce mi canto
Para decirte ; salve ! numen santo ;
Lucero precursor del bien seguro
Que brilla en los destinos del futuro.
Tú acabas de surgir y ya potente
Vas destruyendo, semejante al rayo,
 Á esa turba insolente
Que postró al hombre en el servil desmayo.

XV

Si en tu misión, empero, te adormeces
Infante hoy día y vacilante á veces,
Ya se columbra porvenir risueño
En el que nunca para ti habrá sueño.
Tú de la esclava humanidad el faro
Serás, oh Libertad ; y en las victorias
 Que alcance con tu amparo
Podrá ella un día blasonar de glorias.

XVI

Si los delirios de la mente humana
Á veces de la oculta y soberana
Ley de los mundos el misterio hienden ;
Si las almas después que al cielo ascienden
Á este mísero valle tornan puras
Entre materia nueva aprisionadas ; —
 Tan sublimes locuras
Si las viese el mortal verificadas ...

XVII

¡ Oh Libertad ! cuán férvido contento
Probara mi entusiasta pensamiento
Á encontrarte llegando, ya Señora
Del orbe entero ; — que tu cetro adora
Desde hoy, mil himnos á tu ley cantando,
Al ver que surges de una noche obscura,
 Las sombras disipando
Como el astro eternal de la natura.

París, Julio 1841.

BENDICIÓN PATERNAL

Á MI HIJA ANGÉLICA.

Dormido yo sueño contigo, hija mía ;
Despierto me gozo pensando en tu bien :
Angélica, mi alma por ti se extasia
Y al cielo le pide que un ángel por guía
Te dé, reflejando su luz en tu sien.

Amarga es la vida ; y el solo consuelo
Que en ella se alcanza lo da la virtud.
El roce del mundo marchita cual hielo
Las flores del alma, delicia del cielo,
Que en él nos conquistan la eterna salud.

La vida es un caos ; y á Dios en mis preces
Por eso le clamo que vele por ti :
Hoy, hija, en tu planta balsámica creces,
Y plácida al viento del alba te meces
En huerto encantado cual blanco alhelí.

— 539 —

Las dulces promesas que en tiernos dictados
Prodiga á la infancia la voz maternal,
Hoy día te infunden mil sueños dorados ;
Mas ¡ ay ! vendrá el tiempo de ver alterados
Los goces presentes á influjos del mal.

De alegre inocencia se agosta esa palma
Que dió con sus sombras abrigo á la flor,
Si empero se llora perdida la calma,
Las lágrimas, hija, son sangre del alma,
Y alienta, quien llora, virtud y vigor.

No quiero en tu pecho verter de tristeza
Las hieles que el mio temprano bebió :
Tu mente, santuario de paz y pureza
Que ignore por siempre de cuanta aspereza
Mi senda en la vida la suerte cubrió.

De rosas vestida, mi Angélica amada,
¡ Qué encuentres la tuya cual rico verjel !
¡ Qué siempre, en tus días, de Dios la mirada
Convierta esta flébil terrestre morada
En valle risueño con lagos de miel !

¡ Oh ! nunca el destino te brinde amargura !
¡ Virtud te dé el Cielo, talento y candor !
¡ Un ángel preserve con mano segura
De pliegue sombrío tu frente tan pura !
Oh ¡ Angélica amada, mi angélico amor !

Dormido yo sueño contigo, hija mía ;
Despierto me gozo pensando en tu bien :
Angélica, mi alma por ti se extasia
Y al cielo le pide que un ángel por guía
Te dé, reflejando su luz en tu sien.

Lima, 1º de enero 1862.

DON DANIEL CALVO

El señor Calvo es nacido en Sucre donde actualmente reside ejerciendo la profesión de abogado.